

La historiadora Marixa Lasso

La mirada profunda sobre los silencios de la historia

GUSTAVO TATIS GUERRA



EDUARDO HERRÁN / El Universal

Eso es lo que hace ella: sumergirse en el pasado y descubrir en las fisuras de la historia contada, el rastro de una epopeya colectiva ignorada o tergiversada.

En esos silencios de la historia están precisamente los que aparentemente no dejan huella con las palabras escritas, sino con los actos humanos, los episodios cotidianos que se constituyen en peldaños para comprender la travesía humana, los desatinos sociales, las exclusiones y el sentido de la democracia, los desafíos del pensamiento.

Ella no sólo se ha sumergido en los archivos y en los documentos de esa historia del siglo XVIII y XIX, sino que ha consultado los archivos criminales para saber cómo pensaban de la nación o de la democracia, los seres condenados.

La raptamos por largos minutos del recinto de la Casa del Marqués de Premio Real donde se cumplió el Seminario Internacional de Estudios del Caribe. El índice del historiador Alfonso Múnera la ha señalado en medio de la audiencia y ha pedido a Lucía, su mujer, que la llama para esta conversación.

Marixa Lasso es así de entrada, una buscadora de secretos. Enseña en una universidad de los Ángeles, California, y ha escrito su tesis doctoral sobre historia social de la Nueva Granada, en especial la Provincia de Cartagena a principios del siglo XIX. Ha publicado varios artículos sobre el impacto de la revolución haitiana en el Caribe, sobre la independencia de Cartagena, y sobre el papel de los mulatos en los años iniciales de la república.

Cuando le digo que si camina un poco por la ciudad amurallada de Cartagena de Indias podrá encontrar un rastro de Pedro Romero, se sonríe.

Le digo que aún hay campanas fundidas por este mulato cubano, herrero y estratega de la Independencia de la ciudad, quien cohesionó a los artesanos en la guerra de independencia.

—¿De qué manera el ambiente familiar motivó su elección y vocación por la historia?

— Empiezo por decirte que provengo de una familia de intelectuales, gente vinculada a la literatura y la política. Mi padre es un médico panameño y mi madre, además de ser ama de casa, ha sido profesora de secundaria en el área de filosofía.

Yo nací en Italia pero al año y medio mis padres retornaron a Panamá. Mi interés por el estudio de la historia surge cuando salgo al extranjero. Fui a estudiar Economía a Italia y me interesé por las ciencias humanas y la historia.

Uno de los libros que me impactó a los 18 años fue Las venas abiertas de América Latina, de Eduardo Galeano. Creo que además del contenido, me interesó la manera cómo Galeano nos narraba la historia del continente. El libro me reveló un mundo que nadie me había contado.

—¿Cómo inició su investigación sobre el papel de los pardos en la revolución de Independencia?

— Una de las motivaciones fue precisamente la indagación clarificadora de unos sectores de la sociedad ignorados e invisibilizados en la historia oficial, y la búsqueda de una respuesta a unos mitos y unos errores de la historia nacional impuestos como verdades de la nación.

Me preguntaba cómo la clase alta siempre deja escrita su visión de la historia, mientras las clases populares no dejan nada escrito. Cuando van a juicio, entonces todo queda escrito. Me motivé por la historia de la Colonia. Recuerdo que en el pre grado en Panamá leí mucho a historiadores franceses sobre la historia de la mentalidad colonial.

Empecé la investigación en 1998, y me sumergí en los archivos criminales de 1920. En esos archivos se podía intuir y precisar aspectos de la visión distorsionada de la realidad nacional y de la oposición.

Allí se podía encontrar un rastro de lo que pensaban las clases populares sobre la región y la nación, la independencia y la soberanía.

—¿Qué autores y libros fueron básicos para su investigación?

— En primer lugar, los archivos de la región y el país: el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Luis Ángel Arango, el Archivo de Sevilla.

Fue clave leer la tesis doctoral del historiador cartagenero Alfonso Múnera Cavadía, y su libro *El fracaso de la nación*. Su tesis no sólo es básica para los historiadores de Colombia. Es una tesis pionera en toda América Latina. Su visión nos permitió repensar las guerras de Independencia como una revolución, y entender qué lo que había detrás de una aparente Patria Boba, no era un caos sino un conflicto de ideas y no una batalla entre buenos y malos como lo ha descrito Indalecio Liévano Aguirre, quien en sus libros pone al pueblo como una masa apolítica manipulada, y concibe a los líderes como buenos y malos.

Es una percepción equivocada de la historia. Creo que una tarea de los historiadores es buscar y encontrar esas ideas, esas corrientes políticas, esos conflictos y qué significaba en ese entonces el concepto de democracia.

Además de Múnera, fue clave leer el libro *Los mártires responden*, de Arrázola, los Archivos de Ezequiel Corrales, Eduardo Lemaitre. Donaldo Bossa Herazo, Germán Colmenares, Margarita Garrido, quien se ocupa de esta época que yo trabajo, y especialmente, Orlando Fals Borda, con su extraordinario *Mompox y Loba* y *El General Nieto*.

—¿Cómo revalúa el protagonismo de los pardos en la revolución de Independencia?

— Los artesanos jugaron un papel protagónico en las guerras de independencia en toda América. La ponencia que presento en el seminario: *Los pardos y la ideología republicana en Cartagena 1795-1832*, forma parte de esa investigación y del libro que publicaré pronto.

He escrito varios artículos y ensayos como *Un mito republicano de armonía racial, Revisitando el día de la Independencia (Política afrocolombiana y narrativas patrióticas después del dominio español)*, entre otros. He investigado a José Domingo Espinar, de Panamá, a Valentin Arcia, que fue un artesano pardo y Alcalde de Majagual.



Considero que no se puede concebir este proceso social de transformación, sin los pardos, cuyas reivindicaciones sociales y raciales fueron decisivas en la Independencia. Allí están el herrero cubano Pedro Romero en la Independencia de Cartagena, el general José Prudencio Padilla, Remigio Márquez. La elite blanca tuvo el temor del poder de los pardos, siempre fue una relación de conflicto porque a la vez que participaban en la guerra de Independencia, había el recelo de su poderío y de su aporte a la modernidad política.

—¿Qué significa para usted el Seminario Internacional de Estudios del Caribe que se realiza en Cartagena?

—Tiene una alta significación no sólo para el mundo académico e investigativo contemporáneo de América Latina y del mundo, para todo aquel que desde cualquier lugar de la tierra estudia la historia del Caribe en sus diferentes facetas. El otro mérito simbólico, cultural, humano, es que se haga precisamente en Cartagena de Indias una ciudad que está en el centro de la mirada de innumerables historiadores, y que se haga en ésta ciudad y en las circunstancias en qué se hace, sin los grandes apoyos que se merece, y se sostenga como ha logrado mantenerse en estos doce años, propiciando y motivando esa red de nuevos investigadores.

Ella se asoma al mar que pasa por una línea de viento detrás de la ventana, y ve sobre las piedras de la plaza donde las palomas picotean la sombra de un maíz desmigajado, la sombra de los esclavos africanos subastados en el comercio más grande e ignominioso de la historia.

Recuerda a Martín Romero, el hijo de Pedro Romero, que quería estudiar Derecho en la alborada del siglo XIX cuando las autoridades españolas negaban que los negros y los mulatos accedieran a esos estudios universitarios.

Se asoma más allá de la cortina de piedra cuyo resplandor arrastra la luz caliente de la Bahía de las Ánimas, y ve como un sueño al Almirante Padilla, frente a su nave, viendo de qué forma revolucionaría a La Habana en 1826, luego de hacer emprendido una de las hazañas más luminosas e ignoradas de la historia colombiana: enfrentar el asedio de la reconquista española, y morir fusilado, vejado y despojado de sus títulos y diplomas, expuesto su cadáver a la intemperie neblinosa y con granizada de Bogotá.

La mirada de Marixa Lasso no se detiene a escudriñar el pasado sino a comprender este presente cartagenero de exclusiones, desplazamientos, violencias anidadas en un pasado de conflictos sin resolver.

Le conmueve ver los rostros de una audiencia de gente muy joven motivada por el estudio de la historia. Rostros de jóvenes negros y mulatos que están en el auditorio de la casa escuchando las ponencias de los historiadores. Jóvenes que están construyendo una nueva manera de sentir y vivir una ciudad democrática y menos despreciativa de sus orígenes.

Hoy esos muchachos que hace doce años empezaban a estudiar en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena, presentan sus ponencias como investigadores junto a sus profesores. Un legítimo logro del potencial del conocimiento local que se afianza en las universidades del mundo. Sobre la mirada de Marixa Lasso cruza ahora el reflejo de un cielo liviano y claro, aún sin pájaros.